

FRAGILIDAD ETERNA de Sara Vega Gracia Ramos

Un ruido sordo, y estruendoso, se sumó al alboroto de los motores de los coches, el estrépito de los adolescentes saliendo del IES cercano, los chirridos de los frenos, y el hiriente y constante aullido de las ambulancias. Y salté desde la azotea. ¡Buum! Caí sobre el duro suelo, pero no me dolió. Es curioso, pero el impacto sobre la acera me pareció una caricia liberadora. Un fin, al sufrimiento interminable. Cientos de pedazos de mí se esparcieron sobre las baldosas. Un grafiti de rojiza humanidad se creó instantáneamente. Pero no me dolió. Ni siquiera me molestó el alarido de esa pobre vecina que justo en ese momento volvía a su casa cargada con una bolsa de tela reciclada y miles de tareas aún por hacer rebullendo en su cabeza. Tampoco me molestó que docenas de iphones y smartphones se enfocasen hacia los diminutos restos del naufragio que había sido mi vida y acababan de fondear sobre la orilla del bordillo hormigonado.

Salté para dejar atrás toda la angustia diaria. Qué cosa tan extraña, cientos, miles de personas que no conocía, salvo por X, habían sido mi única compañía el último año. Gente con la que no me unía ningún vínculo, de la que no sabía su nombre, que no reconocería aunque la tuviera al lado. Una muchedumbre que se había adentrado en mi vida haciendo scroll durante un escaso segundo. Que escudriñaban mi imagen día a día ampliando los píxeles de la pantalla con solo dos dedos, y sin ningún esfuerzo. Que juzgaban mi vida, por una sola foto, que ojean mientras buscan sitio en un atestado bus, intentando no acabar estampados en el parabrisas, en cada frenazo, en cada parada. O mientras esperan en la cola del super, intentando olvidar el precio del aceite, que ha subido una vez más, y ya van cinco en este año.

Yo solo quería que una foto mía, de la que me sentía especialmente orgullosa, no terminara muriendo en la galería de mi teléfono. Y ese acto tan inocente, de pulsar una tecla para abrir un perfil, abrió la caja de Pandora. Pero yo no lo sabía. No lo supe hasta ahora. Estoy muerta y me duele la cabeza, pero lo sé.

Una foto desayunando en una conocida terraza, en el impoluto y moderno ascensor donde viven mis tíos, porque el del edificio donde yo vivo está desvencijado y aún no

lo han cambiado. Otra con la última sudadera de Voladora, que se llevó mis postreros ahorros del mes. Una más en bikini, con una pose imposible desafiando las leyes físicas, porque así tendré más me gusta... Y luego, los tuits. Me preguntaba si mi vida mejoraría si fuera más guapa, si me pareciera al modelo de una conocida influencer. Si las mechas rubias y las ondas recién hechas con la Dyson descansando plácidamente sobre mi hombro, harían que mi pelo fuera más denso y sedoso. Si mi vida sería mejor si pesara un poco menos, si midiera un poco más, si mi casa se pareciera de verdad a aquellas que salen en tiktok, con jardín, árboles frondosos y maceteros llenos de margaritas, mientras hacen yoga sobre una esterilla que parece flotar en el parquet de roble de lamas anchas, como dictan las tendencias. Y todo el castillo que era mi vida, y que había construido casi sin darme cuenta, entretejiendo bits de ilusoria realidad en la oscuridad de la red, me apretujaba. Cada foto estrangulaba mi pensamiento, sentía la angustia de lograr la pose perfecta, la presión por encontrar la luz ideal, el agobio por elegir el maquillaje intachable. Cada comentario me hostigaba como un látigo azotando permanentemente la frágil línea de flotación de mi autoestima, que cada vez estaba más horadada. Ahora lo sé. Los días no eran días, eran horas infinitas de búsqueda de la perfección, amargura por cada fallo, sufrimiento por cada granito que tenía la desfachatez de aparecer en mi rostro, agonía por no lograr el posado que había ideado, tormento por cada doblez que osadamente aparecía en la ropa. Cada comentario apuñalaba mi interior, mi espíritu era solo congoja y abatimiento. Todo se había desmoronado, pedazo a pedazo. Podía sentir náuseas, repugnancia y de repente cansancio. Solo deseaba desaparecer.

Cuando salté, me sentí libre, no sentía dolor. Todo pasó lentamente, y por fin ya no me importaba nada. El suelo se acercaba, pero no lo sentía, sólo percibía el suave roce del aire en mi cara. Y recordé aquella primera vez que fuí a la playa y la brisa marina me envolvió. Regresé por un instante infinito a ese momento, y fui feliz. Eternamente. En el universo de los buenos recuerdos que nunca debí abandonar, y donde permanezco, en las mentes de los que me aman.